

**PEDID
Y SE
OS
DARÁ**

Para mi hermano

«En el fondo de mí veo temor
y veo sospechas
con mi fascinación nueva».

CHARLY GARCÍA, *Influencia*

Hoy, cuatro de junio del año 2026, noto que El Mecenaz, antes conocido como Usted, antes conocido como Moser, ya no está suscrito a mi página azul, poniendo fin a cinco años de un intercambio de palabras, fotos y videos y produciendo un descalabro en mi economía.

Sobre estos cinco años, afirmo:

-Después de mi gato, Jugo, con quien he vivido trece años, esta ha sido la segunda relación voluntaria más larga de mi vida. O debiera decir interacción.

-Me gusta más ser adorada que adorar, pero me gusta que me adoren en mis términos.

-El Mecenaz es la persona en este mundo que tiene más fotos y videos de mí sin ropa.

-Sin ropa es una forma muy elegante de nombrar eso que tiene.

En este cuatro de junio debo aceptar y recordar:

-No ejercer venganzas escriturales hacia cualquiera que se cruce en mi vida y luego desaparezca.

PRIMERA PARTE

OPTIMISMO

En el año 2017 me fui a un país en el que pensé que me iba a quedar para siempre. No hablaba el idioma, no tenía visa, no tenía ahorros, pero me compré una bicicleta turquesa. Llegué el nueve de julio por la mañana y ese mismo día, mientras tenía sexo en la ducha, entendí que debía devolverme. Días después amarré mi bicicleta a un poste de una calle tranquila. Horas más tarde, estaba solo el candado. El hombre con el que tuve sexo en la ducha la había robado, estaba segura, pero no dije nada. Recién me devolví en septiembre, luego de que Natalia me prestara el millón doscientos que costaba el pasaje. Lo hizo sin preguntar qué había pasado. La verdad sí preguntó, pero no supe responder. Hasta entonces, yo me regocijaba en las historias en las que salía mal parada y, mientras más indigna, más me hundía en el detalle. Por primera vez sentí verdadera vergüenza.

Aterricé de vuelta en Chile el veinticuatro de septiembre. Hice la fila para la revisión del equipaje, Jugo incluido. Olía a gato mojado porque había tenido que lavarlo en el vuelo. Vi a un conocido en esa fila. Era un hombre al que yo admiraba

por haber creado un noticiero de marionetas conducido por un chimpancé presuntuoso, ridículo y querible con ojos hechos de botones. El conocido usó la voz del chimpancé para decirme: ¡Volviste!, ¡fracasaste! Y luego nos abrazamos.

Viví un año con distintas personas que se iban cuando consolidaban la vida que buscaban, salvo una, que tuvo que retirarse a una vida que odia hasta hoy. Su partida fue apurada. La reemplazó Josué, mi hermano, y al poco tiempo conocí a Lucio. Había salido de la consulta de mi psicóloga luego de declarar que ya había resuelto el problema del amor, caminé dos cuadras, entré a una pizzería y lo vi. Llegó a vivir al departamento en el verano de 2019.

He hecho encuestas de relativo rigor y, gran parte de mis encuestados, señala que ese fue el último verano en el que tuvieron expectativas de un buen futuro.

Lucio era del tipo de persona que sabía exactamente si alguien se había comido algo suyo del refrigerador o de la despensa. Su bien máspreciado era una mayonesa elegante.

Josué era del tipo de persona que se comía la comida de cualquiera.

A favor de Josué, él también compraba para el resto de la casa. Más que hurto, lo suyo era una anarquía del refrigerador. En contra de Lucio, solo compraba cosas para sí mismo. Pero aún no podía diagnosticar si era estrés por tener un mal sueldo o si, enfrentado a un sueldo mejor, iba a comprar para todo el mundo. Tampoco podía diagnosticar si Josué era un confianzudo estructural o era su forma de existir a los veinticinco años.

Yo estaba en contra de los dos, a favor de los dos, a favor de la paz, consciente de mi error de casting, consciente y a la defensiva.

No era mi responsabilidad que la pandemia existiera y ambos tuvieran que dejar la oficina para trabajar en el departamento.

Sí era mi responsabilidad haberme emparejado con alguien siete años menor y, a los treinta y cuatro años, verme expuesta a escuchar frases como quién chucha se comió mi yogurt, dichas en un tono más alto que lo que requería el departamento.

No es que fuera minúsculo. Funcionaba muy bien para dos personas y bien para tres, en tiempos de paz. En tiempos pandémicos, su tamaño colaboraba a la obsesión con tus enemigos. Triste, porque había obsesiones mejores. La gente hacía pan, jugaba Catán en línea o llevaba una rutina rigurosa de skincare para tener la sensación de control en un tiempo incontrolable. Suerte para mí, estaban las obsesivas de los talleres de escritura, que me permitían tener trabajo. En las horas sin taller, también me obsesionaba. Pensaba en Lucio, en Josué y, sobre todo, en la oscuridad.

A las cuatro de la tarde, el departamento ya no tenía luz natural y recién empezaba el otoño.

—Tenemos que cambiarnos —les dije.

Hubo acuerdo.

—¿Y si nos vamos a vivir fuera de Santiago?

No hubo acuerdo.

Llegamos a ver una casa a las cinco de la tarde, casi invierno, luego de cincuenta minutos de Uber. El dueño, un hombre de pelo largo y canas, nos recibió en bata. Tengo la duda de si esto de la bata suena elegantísimo o desprolijo, también

la tuve entonces. Nos hizo el recorrido por la casa con una voz de sabiduría ancestral, consciente de que mostraba algo precioso, sonriendo porque en cada espacio nuevo que veíamos decíamos ohhh, con los ojos bien abiertos. Era perfecta en todo. Su tamaño permitía olvidar a tus enemigos, tenía ventanales gigantes, balcón en las dos piezas, un escritorio, piscina compartida con los vecinos, un patio para nosotros, arriendo directo con el dueño en bata, costaba casi el doble que el departamento.

Al fin del tour, Josué, Lucio y yo nos alejamos a un costado para dirimir si aceptábamos o declinábamos el reto a un partido difícil. ¿Queríamos vivir ahí? Moríamos. ¿Podíamos pagar? Silencio. Yo pongo más, dije. Elegí no pensar en mis deudas y me encomendé a que las obsesivas de los talleres de escritura no se obsesionaran con otra cosa.